

Algunas perspectivas del proceso crítico-historiográfico de la literatura latinoamericana contemporánea*

FRANCISCO XAVIER SOLÉ ZAPATERO

Acorde con el título puesto a esta segunda mesa de las "Jornadas de discusión sobre América Latina y el Caribe": "Perspectivas de la literatura latinoamericana", decidí intitular la presente ponencia con el nombre de "Algunas perspectivas del proceso crítico-historiográfico de la literatura latinoamericana contemporánea", si bien como se ve centrando la temática de una forma más puntual y delimitada en relación con el tema original. Hecha, pues, esta pequeña aclaración, me permito pasar a la presentación de la misma.

Si se observa a *grosso modo* el proceso de la literatura y del pensamiento crítico-historiográfico latinoamericano de las últimas



décadas [Cornejo Polar, 1994:11-13], parecería ser factible afirmar que este proceso está conformado básicamente por tres grandes etapas problemáticas, las cuales se han ido desplazando secuencialmente, con obvios y densos entrecruzamientos, en relación con situaciones y conflictos socio-histórico-culturales mucho más amplios,

englobantes y, por supuesto, mucho más comprometedores.

Así se puede hablar de la "década de los sesenta" como primera etapa, en la que suponíamos, convencidos y llenos de ilusiones, que estaba ya, *ahí*, vía la revolución, el cambio demandado por ciertos sectores de la sociedad. Era el tiempo de la "nueva narrativa", de la poesía conversacional, del teatro de creación colectiva. . . Pero era también el tiempo de los himnos callejeros y de los *graffiti*, los cuales se cantaban y se pintaban con la esperanza de un presente pleno y de un futuro mejor: cuando menos más justo y más nuestro. El resultado y las consecuencias al respecto son de todos harto conocidas. . .

Mas, por lo que se refiere a nuestro tema, en el campo de los Estudios Literarios, de la crítica e

* Ponencia presentada durante las Jornadas de discusión: América Latina y el Caribe (20 mayo-12 junio, 1998), celebrada en la Sala de Usos Múltiples de la Facultad de Humanidades, UAEM

FRANCISCO XAVIER SOLÉ ZAPATERO:
Profesor-investigador de la
Facultad de Humanidades de la
Universidad Autónoma del Estado
de México (UAEM).

historiografía literaria, fue el momento de la acelerada y algo caótica modernización de su arsenal teórico-metodológico.

Una segunda etapa fue la de la "búsqueda" y explicación de nuestra identidad, tanto nacional como latinoamericana.

"Búsqueda" en la que, de cierta manera, nos sumergimos tanto para explicarnos la tardanza y el desvanecimiento de nuestra ilusiones, como para reafirmar ciertamente, más con metafísica que con historia, la peculiaridad diferencial de nuestro ser y de nuestra conciencia, así como la fraternal unidad de los pueblos del sur del río Bravo. Fue entonces cuando se hizo hincapié en la valoración del Realismo Mágico y del Testimonio, los cuales, si bien por caminos disímiles y, en ocasiones, hasta contradictorios, daban muestras de la consistencia y la incisividad de lo propio de nuestra América.

Fue esta la época en que se produjo, en el campo de la crítica, el gran debate sobre la pertinencia y necesidad de construir una teoría específicamente adecuada al tipo de literatura que se produce en latinoamérica. El libro básico que da cuenta de ese debate es, sin duda, el de Roberto Fernández Retamar: *Para una teoría literaria hispanoamericana y otras aproximaciones*, de 1975.

[Fernández Retamar, 1975] Y si bien ese gran proyecto epistemológico de los años setenta fracasó, pues resultó claro poco después que no existía la tan anhelada "teoría literaria latinoamericana", fue gracias al impulso que produjo su propuesta que la crítica y la historiografía encontraron formas

más productivas y ciertamente más audaces para dar cuenta de una literatura especialmente escurridiza por su condición multi y transcultural.

Todo lo anterior se hace más transparente cuando se recuerda que el marco referencial casi obligado de esos años era justamente el de las versiones más duras y quizás no las más adecuadas de la teoría de la dependencia.

Una tercera, y última, etapa es la de la reivindicación de la heteróclita pluralidad que define a nuestra sociedad y cultura latinoamericana. Para alcanzar este propósito, se comenzaron a aislar regiones y estratos, a hacer hincapié en las abismales diferencias que separan y contraponen en ocasiones hasta con beligerancia los varios y diversos universos socio-culturales, y a hacer hincapié en los muchos y variados ritmos históricos que coexisten y se yuxtaponen incluso dentro de los propios espacios nacionales. Fue, pues, el momento de la revalorización de las literaturas étnicas y de otras literaturas marginales, así como del afinamiento y profundización de una serie de categorías críticas que han intentado dar cuenta de un corpus tan sumamente enredado como el que nos suministra la producción literaria latinoamericana.

Es así como "nacen" categorías tales como el de la "literatura transculturada", propuesta por Angel Rama en su libro



Transculturación narrativa latinoamericana, de 1982 [Rama, 1982]; el de la "literatura otra", planteada por Edmundo Bendezú en su libro *La otra literatura peruana*, de 1986 [Bendezu, 1986]; el de la "literatura disglósica", de Enrique Ballón, presentada especialmente en su artículo "La disglósia peruana (deslindes y conceptos)", de 1990 [Ballón, 1990]; el de la "literatura alternativa", de Martín Lienhard, expresada principalmente en su libro *La voz y la huella*, de 1991 [Lienhard, 1991]; el de la "literatura heterogénea", de Antonio Cornejo Polar, manifestada, entre otros textos, tanto en su artículo "Para una interpretación de la novela indigenista", de 1977 [Cornejo Polar, 1977], como en su libro: *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, de 1994 [Cornejo Polar, 1994], etcétera.

Pero hay más. Es importante hacer notar que las opciones categoriales críticas mencionadas se pueden subsumir, cuando menos en parte, en otros

macro-conceptos, tales como el de "cultura híbrida", de Néstor García Canclini, expuesto en su polémico libro *Culturas híbridas. Estrategia para entrar y salir de la modernidad*, de 1989; o como el de "sociedad abigarrada", de René Zavaleta Mercado, en su libro *Lo nacional-popular en Bolivia*, de 1986 [Zavaleta Mercado, 1989], opciones que no sólo explican la discusión que se dio a finales de los años setenta sobre el "cambio de noción de literatura", el cual puede ser estudiado en el libro de Carlos Rincón: *El cambio actual de la noción de literatura*, de 1978 [Rincón, 1978], sino también del cambio radical, al menos para ciertos periodos, del concepto mismo de "literatura", como sucede, por ejemplo, en el caso de la propuesta de Walter Mignolo y Rolena Adorno [Cfr. Mignolo, 1988; Adorno, 1992], quienes plantean la sustitución del término "literatura colonial" por el de "discurso colonial", con el fin de construir un objeto que incluya manifestaciones orales y otras propias de la escritura no alfabética, las cuales, como es obvio, quedan fuera del término tradicionalmente (cuando menos desde finales del siglo XVIII y principios del XIX) llamado "literatura", y más si es referido a parámetros propuestos por una experiencia cultural europea o eurocéntrica.

Como ya será claro a estas alturas de la ponencia, las posturas crítico-historiográficas de la que partimos están constituidas por los trabajos de aquellos críticos que tratan de dar cuenta del funcionamiento de los procesos de producción de literaturas en las que se cruzan *dos o más universos socio-culturales*, las

cuales abarcan, a saber, desde las Crónicas hasta el Testimonio, pasando entre otras muchas por la gauchesca, el indigenismo, el negrismo, la narrativa del realismo mágico o la poesía conversacional, literaturas a las que, de acuerdo con lo anteriormente mencionado, podemos llamar "heterogéneas", es decir, que tienen como característica "básica" el contar bajo su textura "occidental", voces y formas de conciencia cultural nativas. Un libro reciente de Carlos Pacheco, *La comarca oral*, de 1992 (título sugestivo puesto que se contraponc al del texto de Angel Rama: *La ciudad letrada*), trata justamente de ilustrar el efecto de la oralidad sobre la ficción en la literatura transcultural. [Pacheco, 1992; Rama, 1984]

Mas sea de todo lo dicho lo que fuese, dado que aquí es imposible reconstituir ni mínimamente el polémico y enmarañado proceso crítico-historiográfico literario latinoamericano, del que hemos tratado de mostrar y señalar desde las diversas posturas mencionadas algunas de sus líneas principales, en lo que resta de la ponencia trataré, a partir de algunos de los conceptos que parecerían configurar dicha tercera etapa crítica, de reflexionar sobre algunos de los supuestos teórico-metodológicos y crítico-historiográficos que parecen subyacerle, los cuales ayudarán —o al menos eso espero— a aclarar su entreverado proceso de transformación.

Si partimos, entonces, de que, como dijimos, lo que intentan los trabajos de estos críticos e historiadores latinoamericanos es dar razón de los *procesos de producción* de una literatura en la que se intersectan conflictivamente dos o más universos socio-culturales, parecería necesario preguntarse —aunque sea de manera elemental y simplificada— de qué manera dicha heterogeneidad cultural se infiltra en la configuración interna del texto literario, entendido que ese proceso creativo se conforma, al menos, a partir de cuatro instancias o dimensiones básicas: a saber, el sujeto emisor, el texto, el referente y el sujeto receptor.

Para auxiliarnos en esta compleja tarea, nos valdremos de el "esquema" de los tres momentos de la mimesis poética propuestos por Ricoeur. [Ricoeur, 1994/1995/1996] A saber, mimesis I: *la prefiguración*, representada por el Sujeto Emisor o Autor, y que implica la pre-comprensión previa del mundo de la acción, de la experiencia espacio-temporal,



Koma 210 '98

referencial, por parte del autor; mimesis II: *la configuración*, representada por el texto de ficción como mediador entre el primero y el tercer momento de la mimesis y que implica la operación de configuración de la trama por parte de dicho autor a través de la imaginación creadora, es decir, de la modelización de su experiencia espacio-temporal, referencial; y mimesis III: *la refiguración*, representada por el Sujeto Receptor o Lector, y que implica la intersección del mundo configurado, modelado por el texto, por el Autor, y el mundo de la acción del oyente o lector, esto es, la comunicación, comprensión y refiguración de ese modelo, de esa experiencia espacio-temporal, referencial, la cual pasa a formar parte, ahora, de su horizonte y que cambia, en consecuencia, su manera de obrar, de actuar.

Este "esquema" resulta tanto más útil para nuestros fines si se toma en cuenta que el estructuralismo, la semiótica y el pos-estructuralismo (en especial, en su vertiente "destruccionista") o, de manera más general, el pensamiento posmoderno, consideran, por principio, que basta con el estudio de mimesis II: *la configuración*, del análisis las leyes internas de la obra literaria, para "comprender" el texto, sin que haga ninguna falta, por tanto, recurrir al antes a la prefiguración o al después la refiguración para reconstituir la el trabajo poético del autor y, consecuentemente, del lector.

Ahora bien, con el fin de que sea más clara nuestra exposición, presentaremos la problemática de manera invertida. Es decir, dado que ha sido justamente el

pos-estructuralismo (la posmodernidad) quien ha puesto en duda los paradigmas que guiaban los estudios históricos y literarios desde el siglo XIX, presentaremos inicialmente por supuesto, de manera harto esquemática y simplificada, algunos de sus supuestos generales básicos [Spiegel, 1994:123-128], para posteriormente presentar de qué manera ha respondido, de manera específica, los representantes de las mencionadas tendencias crítico-historiográficas literarias latinoamericanas, si bien recurriremos básicamente a la "respuesta latinoamericanista" que nos proporciona al respecto Antonio Cornejo Polar [Cornejo Polar, 1994:13-23], es decir, desde su perspectiva crítico-historiográfica de la "literatura heterogénea".

Comencemos, entonces, por señalar que, en general, las tendencias del pensamiento crítico posmodernista han puesto en tela de juicio la posibilidad de recuperar la significación histórica (léase: referencial) de un texto. Por esta razón, cuando uno inicia el estudio del pos-estructuralismo, se tiene de inmediato la impresión de que se encuentra uno ante la disolución de la historia, de una huida de la "realidad" hacia el lenguaje, entendido éste como agente constitutivo de la conciencia humana y de la producción social de sentido.

Desde un punto de vista epistemológico, se podría decir que el pos-estructuralismo tiene al lenguaje por modelo, al cual considera, por lo mismo, *no* como un reflejo del mundo

aprehendido mediante palabras, sino como constitutivo de ese mundo, es decir, más como "generativo" que como "mimético" (representativo). De aquí que consideren que el lenguaje es de algún modo anterior al mundo que configura; de que lo que experimentamos como "realidad" no es sino un *artefacto* construido socialmente (por tanto, lingüísticamente) o un "efecto" de los sistemas de lenguajes particulares que habitamos. Así pues, el lenguaje, lejos de reflejar el mundo social del que forma parte, antecede a ese mundo y lo vuelve inteligible, construyéndolo con sus propias normas de significación. Y dado de que esas normas son arbitrarias, en el sentido de que se trata de convenciones sociales, entendidas implícitamente de modos diferentes por comunidades lingüísticas diferenciadas, la idea de un universo objetivo que existiera independientemente del lenguaje, del habla, y fuera universalmente comprensible para todos, pese a la pertenencia de cada quien a tal o cual sistema de lenguaje particular, no es más que una ilusión. La realidad no existe "más allá" del alcance del lenguaje; está "siempre ya" construida en algún lenguaje, por supuesto, dado anteriormente a nuestro conocimiento del mundo.

De lo anterior se desprende fácilmente que la literatura, en su calidad de manifestación lingüística particular, no puede reflejar con transparencia ningún mundo exterior a ella, puesto que ese "mundo" no es más que una construcción lingüística, y que lo que refleja es tan sólo otro tipo de articulación del lenguaje: un

discurso. Por tanto, al igual que el lenguaje natural, la literatura no se refiere a un mundo exterior, sino tan sólo a la operación del propio lenguaje. En síntesis, lo que la literatura nos ofrece no es más que el indicio de un sentido que se construye socialmente y no una imagen de la realidad, y por tanto, la práctica de la literatura, el trabajo de creación, apunta más a la construcción social del sentido, que a la transmisión de mensajes acerca del mundo.

Así pues, el pos-estructuralismo, la semiótica, ha traído consigo consecuencias desastrosas para la comprensión histórica de la textualidad literaria, ya que disoció el lenguaje de cualquier conexión intrínseca con sus referentes externos. Si ha esto agregamos que la semiótica insiste en que el sentido del texto es producido por las relaciones internas de los signos entre sí antes que por referencia a fenómenos extralingüísticos, nos topamos con el impactante resultado de que el lenguaje es tan sólo una forma de codificación.

Dicho de otro modo, dado que el lenguaje (pre)existe en forma de códigos disponibles, la creación de sentido es producto de normas que ponen los signos en relación unos con otros de conformidad con el sistema subyacente del código. Por tanto, la creación de sentido es impersonal, no depende del hablante, y por tanto opera "a espaldas" de nosotros, los usuarios del lenguaje.

Como resulta obvio, esta concepción de que el lenguaje

consiste en códigos impersonales que rigen la expresión individual, altera radicalmente la noción tradicional de Autor, entendido este como sujeto centrado,



conciente de sí y responsable de sus propias expresiones. Por ello no es de sorprender que Roland Barthes declarase "muertos" a todos los autores.

Por tanto, desde la perspectiva semiótica, lo que queda de la obra literaria no es la expresión autónoma de un sujeto hablante y autocentrado, de alguien que, a partir de su prefiguración del mundo, configura el texto de ficción, sino tan sólo textos codificados con códigos ya dados. Y en consecuencia, también desaparece el lector, ese alguien que refigura el mundo del texto a partir de su propio horizonte, de su propio mundo, al cual no le quedan más que las múltiples lecturas que éstos textos codificados pueden suscitar. Así, lo que el positivismo, el historicismo e incluso la nueva crítica entendían como la coherencia textual de una exposición o de un punto de vista

que una lectura atenta permitía finalmente descubrir, se fragmenta en una serie de códigos discontinuos, heterogéneos y contradictorios

que escapan a cualquier unificación interpretativa o, si se quiere, que dan pie justamente a la multiplicidad indefinida y abierta de interpretaciones.

Pero hay algo más fatal todavía para el análisis histórico de la literatura que esta fragmentación de la obra literaria en códigos múltiples y conflictivos: al negar la importancia de una conciencia de autor

históricamente situada, es decir, de un sujeto con un horizonte espacial y temporalmente definido, prefigurado, desde donde organiza y valora su presente y su pasado, su cultura y su historia, y que le permite configurar (autor) o refigurar (lector) la obra literaria, la semiótica deshistoriza inevitablemente el texto literario, lo que equivale claramente a una denegación de la historia. Dicho de otro modo, si se contempla a los autores amarrados por códigos de lenguaje preexistentes antes que vinculados con procesos sociales a lo que dan voz, y si a estos procesos sociales se los concibe como constituidos lingüísticamente, la vida social y cultural se reduce entonces a un juego de comportamientos discursivos, a una interacción y combinación precaria de signos artificiales y descarnados, privados de cualquier apoyo en

un mundo externo al lenguaje. De este modo, tras el lenguaje del texto sólo hay más lenguajes, más textos, en un infinito retorno en que la presencia de lo real y lo material se difiere al infinito, sin que pueda alcanzarse jamás

Esta disolución de la materialidad del signo, de la ruptura de su relación con la realidad extralingüística, conduce no sólo a la desaparición del sujeto emisor (autor) y del sujeto receptor (lector u oyente), así como de los referentes que forman parte de sus horizontes respectivos, sino también, y necesariamente, a la disolución de la historia. O dicho de otro modo, no sólo nos lleva a la destrucción del proceso de la *poética artístico-literaria: prefiguración, configuración y refiguración*, al convertirla en un simple proceso de *configuración de códigos abstracta*, sino también, y como consecuencia, a la imposibilidad de la (re)constitución de la *poética histórico-literaria* y, concomitantemente, de la *historia de la literatura*.

De nuevo, sea de todo lo dicho lo que fuese, a partir de este breve resumen de los supuestos básicos de la semiótica, del pos-estructuralismo, de la posmodernidad, pasemos ahora una vez más, somera y simplificada, a analizar como explicarían los mismos problemas la tradición "transculturada", y que ahora podemos llamar también "autocentrada", si bien, como ya habíamos mencionado, haciendo hincapié en las propuestas hechas

específicamente por Antonio Cornejo Polar.

Comencemos, pues, por el problema del sujeto (emisor o receptor, autor o lector) y, por tanto, de la búsqueda de su identidad, con el entendido que nos referimos, obviamente, a la construcción, a la configuración posible, a partir de sujetos reales y concretos, ubicados espacial y temporalmente, de su conformación. Es decir, a la imagen que ciertos universos de representaciones, ciertos imaginarios sociales básicamente europeo, primero, y latinoamericano, después, han ido configurando y reconfigurando teóricamente al respecto.

Resulta, pues, muy interesante observar desde esta perspectiva que la búsqueda de la identidad, que durante los años sesenta y setenta solía estar asociada a la construcción de imágenes de

convirtió en una configuración diversa y múltiplemente conflictiva.

Al parecer, este proceso se dio como consecuencia de la propia profundización en el examen de nuestra identidad, ya que mientras más se ahondaba en ello, más evidentes se hacían las disparidades y las contradicciones de las imágenes y de las "realidades" que se identificaban como América Latina.

Es claro que el *sujeto homogéneo* de los años sesenta-setenta, provenía —cuando menos en ciertos aspectos, puesto que el problema del sujeto y de su identidad, de hecho, ya se había iniciado en la discusión teológico-jurídica sobre la condición del indio durante la Colonia, la cual tenía bases medievales— de la imaginación y del pensamiento romántico: un "yo" exaltado y hasta mudable,

pero suficientemente firme y coherente, como para poder regresar siempre sobre sí mismo. Imagen "típica", por tanto, de la literatura latinoamericana del siglo XIX, si bien habría que ver hasta dónde, ya que si damos esto por sentado de una vez por todas, quizá nuestra refiguración crítico-historiográfica, de poética artística, de la literatura (de la narrativa), de dicho periodo pueda ser completamente

distorsionada, sin olvidar las consecuencias que esto puede acarrear para la configuración y refiguración del proceso de transformación, de poética



espacios sólidos y coherentes, que permitía enhebrar vastas redes sociales y culturales de pertenencia y legitimación, para los años ochenta y noventa se

histórica, de nuestra literatura hasta nuestros días.

De hecho, esta imagen se convirtió en *la base* de la



experiencia cotidiana y del concepto moderno de sujeto y, por tanto, en parte fundamental del horizonte (del imaginario social, del universo de representaciones) del autor y del lector, el cual servía de elemento prefigurador para la configuración y refiguración de la imagen del hombre (social y culturalmente determinado) en la narrativa decimonónica; si bien esto habría que revisarlo detenidamente —por las razones ya expuestas— para el caso del autor). Por eso, cuando en los años ochenta y noventa se comenzó a discutir sobre la identidad del sujeto y se empezó a dar la turbadora posibilidad de que no fuese más que un espacio lleno de contradicciones internas, y más relacional que autosuficiente, lo que se puso en debate no fue otra cosa que la imagen romántica del “yo” si bien, con el “agregado”, ya

mencionado, Colonial y medievalista: “el indio: ¿animal, salvaje u hombre?...”

Nos encontramos, pues, ante un *sujeto heterogéneo*. Sujeto complejo, disperso y múltiple, contrapuesto totalmente al sujeto romántico: fuerte, sólido y estable, capaz de configurar un “yo” que siempre es el mismo. O dicho de otra manera, pasamos de la

imagen de un sujeto único y totalizador, a sujeto hecho de la inestable quiebra e interacción de muchas identidades sociales y culturales disímiles, oscilantes y heteróclitas. Basta con observar la literatura, y en especial aunque no únicamente la narrativa “transculturada”, que se ha ido produciendo desde principio de siglo hasta este fin de milenio para poder observar y constatar, con relativa facilidad, este cambio tan radical. Y digo relativamente, porque desde los años sesenta cuando menos a comenzado a aparecer desde una imagen, una figura, “mítica”, “realista mágica” (piénsese en Rulfo, en García Márquez) hasta otra totalmente “desfigurada”, “despersonalizada” (ubíquense, por ejemplo, las “transfiguras” de *Terra Nostra*, de Carlos Fuentes, en donde el sujeto se convierte, válgasenos la expresión, en simples “máscaras del lenguaje”).

Se fue, pues, así creando una imagen de un *sujeto heterogéneo* que viene de siglos; que tiene su origen en el encuentro, en el choque, en el encontronazo de culturas, y en los múltiples y variados tipos de opresión colonizadora; y que lenta, lentísimamente se ha venido procesando hasta dar con la imagen de un sujeto (individual) que no le teme a su pluralidad multivalente, y que se opone abiertamente a la ilustrada superstición de un *sujeto homogéneo*. Un sujeto tal, que podría (y de hecho lo hace, lo hacemos) desparramarse por el mundo, nutriéndose de varios *humus* histórico-culturales, sin perder por eso su condición original.

Mas el sujeto no se construye en y para sí; se hace, casi literalmente, en relación con otros sujetos, pero también, y de manera decisiva, por y en su relación con el mundo. O dicho de manera más exacta: sujetos que se configuran en relación con otros sujetos, los cuales, a su vez y de manera conjunta, están en relación con el mundo: natural, social, cultural y, obviamente, histórico. De aquí que la mimesis, la representación, literaria o extraliteraria, no se enclastre en su función representativa de la realidad del mundo, de “reflejo” de la realidad, sino que, más bien, en cuanto la representación es, finalmente, una construcción discursiva de lo real, permite que el sujeto se defina en la misma medida en que propone como mundo objetivo un orden de cosas que evoca en *términos* de realidad independientes del sujeto, y que, sin embargo, no existe más que como el sujeto las

dice a los demás. Esto no significa, por supuesto, que se postule que la realidad no existe, sino que, muy por el contrario, en cuanto materia de un discurso, y la realidad lamentablemente no habla por sí misma, es una áspera encrucijada entre lo que es y el modo según el cual el sujeto la construye. Dicho de otra manera, no hay mimesis (representación) sin sujeto, pero al mismo tiempo no hay sujeto que se constituya al margen de la mimesis (de la representación) del mundo, obtenida en forma social y cultural, en su relación con los otros, dentro de la naturaleza.

Y esto nos lleva, para terminar, directamente al problema del discurso. Problema importante, relacionado por completo al anterior, en cuanto que en América Latina nos encontramos con un lenguaje o lenguajes, un

desde la "literatura" o tradición oral hasta la literatura escrita. Discursos, por tanto, que en el caso de la literatura de América Latina delatan no sólo su inevitable dialogismo y disglosia, sino también su ubicación en mundos opuestos, con la existencia de azarosas zonas de alianzas, contactos y contaminaciones que pueden ser sometidas tanto a enunciaciones monologantes que intentan englobar esta perturbadora variedad dentro de una voz "autoral" cerrada y poderosa (tal como sucedería, por ejemplo, en *Cien años de soledad*, de García Márquez, o en *El Gran Sertón: veredas*, de Guimarães Rosa), hasta enunciaciones múltiples que fragmentan la dicción y generan un dialogismo tan exacerbado que deja atrás, aunque la realice, la polifonía bajtiniana, y crea toda suerte de impredecibles y volubles "intertextualidades" (como sucede, por ejemplo, en *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, de Arguedas). Es más, se podría quizás hasta proponer que la literatura (la narrativa) "transculturada" debería ser leída como un conjunto de espacios "lingüísticos" en los que se complementan, solapan,

intersectan o contienden, es decir, "dialogan" dialógicamente discursos de muy variada procedencia, cada uno en busca de una hegemonía semántica que

pocas veces se alcanza de manera definitiva.

Como es de suponerse, justamente el examen de estos discursos de filiación socio-cultural disímil son los que nos conducen a la fehaciente comprobación de que en ellos actúan también tiempos variados; o si se quiere que son históricamente densos por ser portadores de tiempos y ritmos sociales que se hunden verticalmente en su propia constitución, resonando en y con voces que pueden estar separadas entre sí por siglos de distancia. Así, por ejemplo, un mito prehispánico, un sermonario de la evangelización colonial o las más audaces propuestas de modernización, para anotar sólo tres tipos de discurso espacial y temporalmente apartados y lejanos, que pueden o no estar en interacción discursivo-dialógica, lo cual, sea dicho de paso, no depende de hecho del sujeto emisor (o receptor) sino de la posibilidad o imposibilidad históricamente dada de su confrontación, de que puedan coexistir en un sólo discurso y conferirle un espesor histórico sin duda turbador (como sucede, de una u otra manera, en los autores ya mencionados: Guimarães Rosa, García Márquez, Rulfo, Arguedas. . .).

Así vemos que en la literatura "heterogénea", en la narrativa "transculturada", nos encontramos ante la escisión y el rudo conflicto entre la voz de las culturas ágrafas y la letra de la institución literaria de origen occidental, con su abigarrada e inestable gama de posiciones intermedias, "manifestaciones"



discurso o discursos contruidos, configurados en espacios que van desde lo bi-cultural a lo bi-lingüe, y que transmiten sus "mensajes" artísticos por medios que van

todas ellas de un sujeto emisor (y un receptor) que es capaz de vehicular (en la escritura uno, en la lectura el otro), dado su heterogéneo horizonte prefigurado, así como de configurar y refigurar en un texto artístico una multiplicidad y una heterogeneidad de discursos ubicados en tiempos y espacios múltiples y diversos, continuos y discontinuos, con ritmos de evolución y transformación variados, en mayor o menor medida correlacionados y separados entre sí, repletos de resonancias dialogísticas y polifónicas, así como de ciertas formas bilingües y disglósicas.

Todo esto, como es obvio, no es manifestación y causa más que de la peculiar condición histórica de América Latina, marcada por la Conquista y la Colonización

Arriaga Lio '98



primero, y por una modernidad periférica, o mejor, por procesos de modernización heterogéneos y discontinuos, después.

Por todo lo anterior, y como conclusión, se puede afirmar, sin temor a equivocarnos, que las posturas posmodernistas se encuentran básicamente, como esperamos haber mostrado, en las

antípodas, cuando menos, del proceso de ciertas perspectivas crítico-historiográficas latinoamericanas contemporáneas. Si bien, curiosa y connotativamente, con sintomática frecuencia, por una parte, los posmodernos metropolitanos acopian citas y referencias de autores latinoamericanos, tales como Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa o Manuel Puig, mientras

que, por otra, algunas de nuestras tradiciones crítico-historiográficas se cruzan y se hibridizan y justamente en varios puntos decisivos con la difusión de categorías propias de la crítica posestructuralista. Hechos ambos que, ciertamente, habría que estudiar con detenimiento y con curiosa atención •

Bibliografía

- ADORNO, Rolena, "Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos", en *Revista de crítica Literaria Latinoamericana*, XVI, 28, Lima, 1988.
- BALLÓN, Enrique, "Las disglósias literarias peruanas (deslindes y conceptos)", en *Disglósia linguo-literaria y educación en el Perú. Homenaje a Alberto Escobar*, Lima, CONCYTEC, 1990.
- BENDEZU, Edmundo, *La otra literatura peruana*, México, FCE, 1986.
- GARCÍA CANCLINI, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1989.
- CORNEJO POLAR, Antonio, "Para una interpretación de la novela indigenista", en *Casa de las Américas*, ene-feb 1977, año XVI, núm. 100, pp. 40-48, 1977.
- CONEJO POLAR, Antonio, *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima, Editorial Horizonte, 1994.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto, *Para una teoría literaria hispanoamericana y otras aproximaciones*, La Habana, Casa de las Américas, 1975.
- LIENHARD, Martin, *La voz y su huella*, Hanover, NH: Norte, 1991.
- MIGNOLO, Walter, "La semiosis colonial: la dialéctica entre representaciones fracturadas y hermenéuticas pluritópicas", en *Crítica y descolonización: el sujeto colonial en la cultura latinoamericana*, Caracas, Academia Nacional de Historia, 1992.
- PACHECO, Carlos, *La comarca oral*, Caracas, Casa de Bello, 1992.
- RAMA, Ángel, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982.
- PERUS, François, *Historia y literatura*, México, Instituto Mora, 1994.
- RAMA, Ángel, *La ciudad letrada*, Hanover, IIN: Norte, 1984.
- RINCÓN, Carlos, *El cambio actual de la noción de literatura*, Bogotá, Colcultua, 1978.
- RICOEUR, Paul, *Tiempo y Narración*, 3 t., México, Siglo XXI, 1995/1996.
- SPIEGEL, Gabrielle M., "Historia, Historicismo y lógica social del texto en la Edad Media", en François Perus (comp.), *Historia y Literatura*, 1994.
- ZAVALETA MERCADO, René, *Lo nacional-popular en Bolivia*, México, Siglo XXI, 1986.